

## Números, canciones y otras razones

No sé si las matemáticas me odian, pero sé que yo sí a ellas. Desde pequeño, ese organizado y metódico conjunto de números y letras me ha estresado acentuadamente. Por lo tanto, siempre he admirado a mis maestros de matemáticas; la mínima intención de enseñar algo tan complejo y revuelto merece mucho mérito. Sé que nunca podré ayudarles a acomodar esos enormes anaqueles de fórmulas en sus cabezas, pero creo que pude ayudar de otra manera.

Una tarde de abril, mientras terminaba de enviar un ensayo, abrí Facebook con la clara intención de procrastinar unos minutos. Deslizaba hacia abajo sin reparo, hasta que encontré una fotografía de un rostro que desconocía. Era una publicación de mi maestra de matemáticas, encabezada con trágicas palabras. Su hermano había muerto de un derrame cerebral. En el comunicado había un enlace a una campaña de recaudación establecida por su familia; la misma describía como, sin su sueldo, entrarían en una severa crisis. La pandemia solo hacía todo peor. El shock despejó todas las ideas de mi cabeza, y me dejó solo con inspiración. Debía escribir una canción.

Corrí a contarle a mi madre sobre la situación y le planteé la idea de publicar una canción y donar las ganancias a la campaña. Mi idea fue recibida con una mezcla de entusiasmo y preocupación. Tenía muchísima tarea que entregar, y mi madre estaba consciente del tiempo que me tomaba escribir una canción. Ella solo me miró con franqueza y me dijo que organizara sabiamente mis tiempos, y entre los tiempos acomode los acordes y las letras que lograrían darle redondez y propósito a la canción. Hora y media después, tenía una pieza funcional, imperfecta, pero llena de mi deseo de que mi maestra al menos pudiera dormir tranquila. Después de grabar la canción, en conjunto con un sencillo video, le mandé la canción a mi maestra y no tardó en responder con calidez.

Al día siguiente tocaba distribuir el video, la canción y la campaña a todas las redes sociales que pudiera. Sentí gran júbilo al ver cómo la gente donaba, expresando su aprecio a la maestra y su familia. La canción logró recaudar 200 dólares para la causa. En el contexto de la campaña, no era demasiado, pero era una cifra que me hacía sentir orgulloso de mi trabajo. Nunca había tenido la oportunidad de apoyar a alguien de manera tan tangible con mi música; mis canciones usualmente eran un mecanismo que utilizaba para canalizar mis propias experiencias y pesares, pero desconocía la emoción que puede venir de catalizar las emociones de alguien más en una pieza.

Dos días habían pasado de la publicación de la canción y me encontraba en un examen de matemáticas, sufriendo como siempre. Usualmente soy el último en terminar, por lo tanto, solo se encontraba mi maestra de matemáticas en la videollamada. Mientras entregaba mi examen, seguro de que me iba a ir horrible, mi maestra agradeció, entre lágrimas, el gesto que había hecho. Ella buscaba las palabras que debía decir, y solo la palabra “gracias” era la que podía articular, y no necesitaba decir más. Yo solo pude responder que no había de qué agradecer, con saber que había ayudado un poco era suficiente para que pudiera estar en paz. Con esta experiencia reafirmé que hay individuos que se ven obligados a portar cosas que no nos gustan, quizá puede ser un dentista armado con un taladro, un reportero que anuncia las malas noticias o, en mi caso, una maestra de matemáticas. Pero cada individuo merece empatía, calma y una canción para reposar en tranquilidad.